



Fé lix

**Un hombre
en la tierra**

**Odile
Rodríguez
de la Fuente**

geoPlaneta



Fé lix



**Un hombre
en la tierra**

**Odile
Rodríguez
de la Fuente**

Ilustraciones originales de
Christa Soriano

Félix - Un hombre en la tierra

1ª edición

geoPlaneta

Av. Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.es – www.geoplaneta.com

© Editorial Planeta, S.A., 2020

© Textos: Odile Rodríguez de la Fuente y herederos de Félix Rodríguez de la Fuente, 2020

© Ilustraciones originales: Christa Soriano, 2020 (véase relación de ilustraciones en p. 383)

© Fotografías, dibujos de FRF y cuadernos de rodaje de *El hombre y la tierra*, herederos de Félix Rodríguez de la Fuente, 2020

© Extractos de *Cuadernos de Campo*, Editorial Marín, 1991 (véase relación de ilustradores en p. 383)

© del prólogo, María Sánchez, 2020

© de «Nadie mejor que uno para presentarse», Benigno Varillas, 2020

© de «El magnetismo de Félix Rodríguez de la Fuente», herederos de Miguel Delibes, 2010

Diseño: Lookatcia.com

ISBN: 978-84-08-22489-1

Depósito legal: B. 27.780-2019

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

Printed in Spain – Impreso en España

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los copyrights. Con todo, si en algún caso no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

Sumario

Prólogo de la autora

5

Prólogo de María Sánchez

13

**«Nadie mejor que uno
para presentarse»**

14

01

Sobre la piel de la Tierra

17

02

La palabra

73

03

**Anotaciones de
un biógrafo**

93

04

**El anillo del
rey Salomón**

139

05

La soledad del hombre

165

06

La aventura de la vida

217

07

**Destructores
de la vida**

235

08

La nueva conciencia

273

09

El hombre y la tierra

307

10

Yo soy...

353

11

Palabras para Félix

367

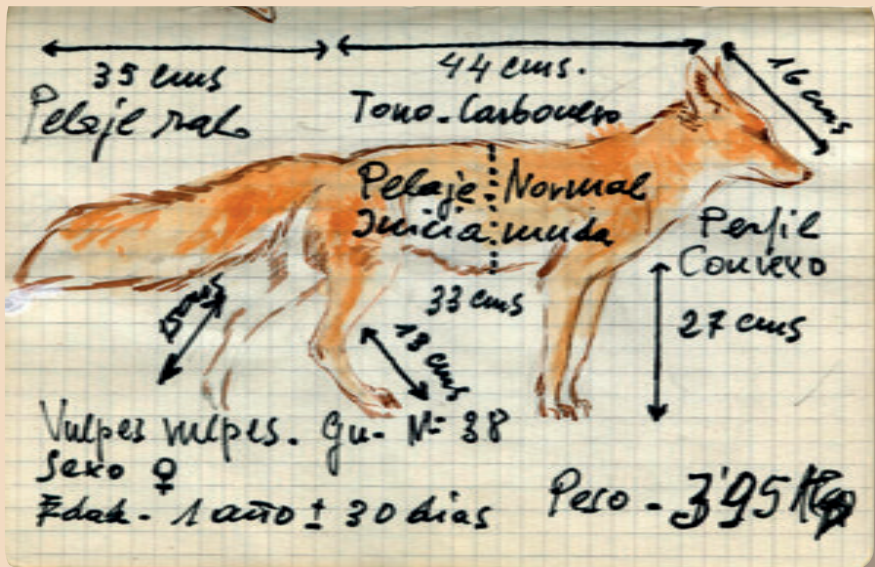
Notas

377

La autora

284

Sobre la piel de la Tierra



Las páginas que ilustran las portadillas de capítulo provienen de los cuadernos de campo del rodaje de El hombre y la tierra (textos manuscritos de FRF; ilustraciones de autor desconocido).

El eje sobre el que pivotó la existencia intrépida y arrolladora de mi padre fue, sin duda, su infancia. Un despertar a la Vida que liberó todo el potencial con el que nació aquel niño castellano, un 14 de marzo de 1928.

Cada ser humano que nace encarna una nueva oportunidad, que expresa todo lo que podríamos aspirar a ser como especie. Como Félix mismo decía, «un niño de hace 50 000 años, sacado de una caverna paleolítica y llevado a una universidad norteamericana, por ejemplo, habría podido transformarse en un Einstein». Y así es. Qué duda cabe de que somos producto de ambos, de nuestra herencia genética y del ambiente que nos nutre, pero lo único sobre lo que podemos influir, de momento, es lo segundo. Y aquí se centra uno de los mayores dilemas de la humanidad a lo largo de su historia: la educación, la crianza, el entorno y los valores con que modelamos ese potencial, para que las nuevas generaciones sean, al menos, un reflejo mejorado de lo que somos. Por ello, cuando ante nosotros se ofrece la oportunidad de escudriñar cuáles fueron las claves que dieron lugar a un fenómeno —totalmente fuera de su tiempo— que logró iluminar y despertar a una sociedad adusta, estimulando, además, el potencial de toda una generación de niños y jóvenes, debemos analizarlas con cierto detenimiento.

Desde la Revolución Industrial hemos sido testigos de una deriva que, afianzada por los postulados de pensadores como Descartes o Newton, ha llevado a una mecanización y reduccionismo de las ideas, percepciones y valores que han constituido el modo en que nuestra sociedad occidental se ha organizado. El paradigma imperante ha determinado e influido en cómo percibimos la realidad y cómo nos relacionamos con ella. La educación, como eje vertebrador de este paradigma, apenas ha cambiado desde que se forjó a mediados del siglo XIX. Su énfasis está enfocado en el intelecto y el razonamiento expresados en la capacidad académica, como medida exclusiva de éxito, de cara a rendir en una economía competitiva y mecanicista. Las escuelas, como explica sir Ken Robinson, aún están organizadas como si fueran fábricas, en las que los niños están separados por lotes, según su edad, con currículos y exámenes estandarizados, asignaturas compartimentadas en las que se incentiva el pensamiento lineal y convergente, así como la docilidad. La creatividad, el estudio de las humanidades y el pensamiento crítico y divergente van quedando cada vez más arrinconados.

«Se enseña poco a pensar por uno mismo, a tener espíritu crítico, criterio propio, y a disentir inteligentemente cuando es preciso; es decir, se enseña poco a pensar. El empacho de erudición al que se somete al alumno termina intimidándolo y asfixia su capacidad para la visión directa, limpia y carente de prejuicios.»¹

Afortunadamente, cada vez hay más voces que se alzan en autocrítica, no solo ante un modelo educativo a todas luces deficitario y como mínimo desfasado, sino ante el paradigma materialista y mecanicista imperante, principal responsable de la agonía de los soportes vitales del planeta, que amenazan la continuidad de la vida tal y como la conocemos. Pero no solo estamos enfrentados a la evidencia del deterioro ambiental, sino, lo que es más doloroso si cabe, también a los innumerables síntomas de una sociedad que, aun creyéndose desarrollada y ejemplo de bienestar, es cada día más neurótica y se encamina, con paso firme, hacia una profunda crisis sistémica.

En contraposición a la creencia generalizada sobre las claves del éxito en nuestra sociedad, la infancia y vida de Félix sobresalen como excepción a la regla o, quizá, como un destello virtuoso que puede ayudarnos a iluminar el camino hacia un futuro más pleno, a la altura de nuestro verdadero potencial.

Somos animales humanos, forjados por imperativos naturales durante millones de años. Incluso nuestro cerebro evolucionó «a expensas de los suaves estímulos generados en la naturaleza y en sus sencillas comunidades». ¿No tendría sentido que la clave para afianzar los cimientos de un equilibrado desarrollo de nuestras potencialidades intelectuales y anímicas residiera en que, durante nuestros primeros años, disfrutáramos de un contacto asiduo con la naturaleza? Esa fue la fortuna de aquel niño «despeinado, con el rostro quemado por el sol, con el ciervo en la cara, correteando por la paramera, siempre buscando algo en el regazo del viento, siempre preguntando algo a la línea del horizonte, con algo que aprender, con algún secreto que arrancar a la tierra, a las nubes, al sol, a las hierbas y a los animales...».

No solo disfrutó de un marco incomparable en aquella España, ajena al desarrollismo del resto de Europa, sino que lo hizo arropado por una familia en la que cosechó toda la atención y un amor incondicional, como hijo único hasta los 9 años, cuando nació su hermana. Pero también en un pueblo vivo y palpitante que, como una comunidad extendida, le otorgó esa red de seguridad con la que adentrarse en lo desconocido e indómito, en lo libre e infinito, con pie firme y alma pura, impelido por una curiosidad libérrima y un espíritu abierto y sediento.

Cabe destacar que no se escolarizara, más allá de un breve paréntesis, hasta los 10 años. Las razones se deben a dos factores: por un lado, su padre, notario de profesión, no creía en una escolarización temprana, por lo que se encargó personalmente de enseñar a su hijo lecciones básicas de lectoescritura y matemáticas; por otro lado, el estallido de la guerra civil cercenó aquel primer conato de educación reglada en la vida de Félix. Es sorprendente, dado el énfasis actual en escolarizar a los niños a edades más y más tempranas, que un hombre que destacó precisamente por un desarrollo intelectual y humano extraordinarios no lo hiciera hasta los 10 años.

Sus testimonios, deliciosamente costumbristas, sobre aquellos años venturosos dan fe de la felicidad que lo embargaba, así como de las profundas lecciones y valores que quedaron grabadas en él, no por lo reiterativo de una educación encorsetada, sino por el mágico poder de la experiencia vivida en plenitud. A Félix lo formó y forjó la propia naturaleza, protegiéndolo de manipulaciones precoces, tan propias de los centros educativos. Aquella educación, singular, produjo lo más maravilloso a lo que pueda aspirar esta disciplina: consolidar la sed y gozo de aprender guiado por una curiosidad imperecedera.

Pero quizá la lección más trascendental que extraemos de la infancia de mi padre es que somos criaturas pensantes, soñadoras, creativas, lógicas, únicas, pero no por ello ajenas a nuestra naturaleza maravillosa y atávicamente sensorial, profundamente ligada al fenómeno vital y depositaria de una sabiduría intuitiva de insondable potencial. Vivir los primeros años de nuestro desarrollo arrullados por la naturaleza, afianzados por el amor de una familia y una comunidad, puede darnos las herramientas para afrontar, con criterio, autoestima, libertad e ímpetu, los complejos retos de la edad adulta. Como decía mi padre, «el niño hace al hombre» y el hombre que no ha sido un niño feliz, vibrante y conectado, probablemente nunca llegue a ser un hombre en plenitud.

A los 10 años, fue enviado como interno a los Sagrados Corazonistas de Victoria. A partir de ese momento, tan traumático como decisivo, su vida se encaminaría en la misma dirección de sus compatriotas: la de convertirse en una persona «de provecho» en la España de mediados del siglo XX. Y así lo hizo, destacándose por su rendimiento académico en sus estudios como médico estomatólogo. Con un futuro prometedor y seguro, sin embargo, se adentró, audaz y enérgico, en la luminosa aventura que sería su vida. Con la seguridad de un halcón, irrumpió en la sociedad española, fascinando a todos los que, embelesados, fuimos testigos y partícipes de su inspirador y majestuoso vuelo.

Muchas horas de sol implacable, lluvias torrenciales, estimulantes fatigas e interminables desplazamientos constituyen los cimientos de este pequeño libro. Pero estoy seguro de que su lectura despertará en mis queridos amigos, **los niños**, un sentimiento de curiosidad hacia los seres vivos y un ansia de protección de todo cuanto se integra en nuestro palpitante planeta.²



Muchos etólogos se preguntan si el cerebro humano, que ha evolucionado a expensas de los suaves estímulos generados en la naturaleza y en sus sencillas comunidades durante millones de años, no se estará saturando como consecuencia del monstruoso incremento de imágenes, sonidos, olores y emociones con que le bombardea la cultura tecnológica de nuestros días.

Quizá, quienes mejor podemos apreciar estos matices somos aquellos que hemos tenido la oportunidad de pasar de una infancia agreste y aldeana a una madurez en el seno de cualquier megápolis. Al profundizar en los matices que fueron construyendo mis fantasías en los días infantiles de la naturaleza, destacan algunos hitos que no podré olvidar nunca.

Para el niño de pueblo, libre de la infinidad de estímulos —auténtico lavado de cerebro— que llegan hoy a los muchachos a través de la televisión, de los anuncios, de las revistas y de la turbamulta urbana, **la naturaleza es la fuente inagotable que va nutriendo su curiosidad**. Y en ella, las formas más atractivas, tanto por su belleza como por su movimiento y su sonido, son, precisamente, las aves. Quizá por ello nos dijeran a los niños de pueblo, distraídos, que teníamos la cabeza llena de pájaros.

Pues bien, entre los pájaros que fueron llenando mi cabeza durante mis primeros años de vida, hay uno que permanece vivo, definido, rutilante, en el ya desbordado archivo de mi memoria: me refiero al roquero rojo.

La soleada ladera que trepa hacia los altos farallones rocosos que separan el Páramo de Poza de las feraces tierras de La Bureba; la suave brisa del mes de mayo; el pardo universo de los tomillares y aliagares; los ásperos bloques de berroqueña desprendidos del farallón; y de pronto, como una aparición, un ave compacta, roja, azul y blanca, un ave que se destaca sobre la arista de una caliza que alza la cabeza y emite un trino singular.

Y el niño montaraz y solitario se queda quieto, como transfigurado. Algo así debió de sentir el hombre de Altamira antes de reproducir las inmortales imágenes de sus bisontes en el techo cósmico de la caverna.³



Ordinariamente, uno se remonta a los años universitarios —cuando se adquieren en las aulas los conocimientos que después permitirán al escritor contar algo provechoso a sus semejantes— para justificar posturas intelectuales o inclinaciones didácticas. Yo tengo que dar una zancada mucho más larga, un salto atrás de 33 años, para situarme en los días de mi venturosa, agreste y peculiarísima infancia, a los que debo, sin ningún género de dudas, mi desmedido amor a los animales, mi profundo respeto a la vida y la dicha de estar ahora escribiendo estas líneas.

Claro está que mi infancia hubiera sido tan normal como la inmensa mayoría de las infancias rurales de no haberse concatenado tres circunstancias muy afortunadas para mí: la primera —por ser circunstancia geográfica—, que mi pueblo natal, Poza de la Sal, en la provincia de Burgos, estuviera enclavado en una región agreste, donde los animales salvajes eran todavía numerosos en aquel entonces; la segunda —por ser circunstancia histórica—, que entre los 8 y los 10 años disfrutara yo de la más absoluta libertad, por estar mis padres y maestros resolviendo problemas más arduos en los no demasiado lejanos frentes de combate de nuestra guerra civil; y la tercera y última —por ser modesta circunstancia hereditaria—, mi congénita e insaciable curiosidad, unida a una tenacidad férrea para trabajar en lo que me gusta. Y aprovecho la oportunidad para confesar que, prácticamente, nunca hago nada que no me entusiasme.

Libre, como digo, de las programadas, planificadas y ordenadas obligaciones de una enseñanza oficial, me veo inmerso en las vibrantes imágenes de un mundo primitivo, apasionante y directo. No descubro el lobo, como la mayoría de los niños, pintado en las páginas de un cuento, con un saco al hombro y cara de rufián, sino recortado en el horizonte de la paramera, como una criatura mítica, aureolada de misterio por los relatos de los viejos pastores. Y no veo el halcón envilecido y desplumado en la jaula de un zoo, sino cayendo desde las nubes, como un rayo de muerte, para segar ante mis ojos la vida de un pato sal-

vaje. Y los buitres, mis añorados amigos los buitres, coronan con sus órbitas en el cielo purísimo de mis primaveras los sueños y fantasías de un niño de mentalidad anacrónica, quizá —y Dios lo quisiera— paleolítica, **de cuando los hombres y los animales vivían en la armonía de un todo.**

Su trabajo les costó a los buenos hermanos corazonistas de Vitoria arrancarme de mi universo zoomórfico cuaternario para meterme la gramática y el álgebra en la cabeza. Pero al modelar mi intelecto, al intentar transformarme en un ciudadano útil a la sociedad, con una paciencia y un método que nunca me cansaré de agradecer, los buenos frailes me enseñaron algo que, seguramente, no entraba en sus planes de bachillerato. Me enseñaron a sintetizar, a acrisolar mis recuerdos, a ordenar el tesoro de las imágenes arrancadas a mis peñas y parameras para vivir aferrado a su fulgor durante los interminables trimestres de mi internado. **Creo que aquello me troqueló.** Me marcó para siempre. El doble y temprano juego de alimentar mi fantasía en el ubérrimo seno de la naturaleza, durante las cortas vacaciones, para digerir y rumiar después, a lo largo de todo el curso, descubriendo nuevos e inesperados matices en las secuencias vividas, constituye hoy —después de 30 años de estudio y de observación ininterrumpida de los seres vivos— mi profesión y mi más adorada vocación.

El pequeño y apasionante escenario de mi pueblo, con sus halcones y sus lobos, con sus buitres, águilas, zorros y gatos monteses, es hoy el escenario del mundo, con sus leones, sus tigres, sus manadas de herbívoros, sus cetáceos gigantes, sus aves viajeras, sus peces multicolores y sus insectos laboriosos. Mis vacaciones, ahora mucho más largas y diversas, consisten en viajar, en apasionantes expediciones, por las selvas y por los desiertos, por los ríos y por las montañas de los cuatro continentes, para recibir —ahora con la cámara cinematográfica y el cuaderno de notas a punto— con tanto respeto y ansiedad como lo hacía en los días de mi infancia, el mensaje de la naturaleza y para captar la verdadera dimensión del animal en su medio. No como el lobo caricaturizado de la fábula o como el halcón envilecido del parque zoológico, **sino como una criatura que, a través de la aventura de la vida, comparte con el hombre el destino de la Tierra.** Una criatura cercana o remotamente emparentada con nosotros mismos, victoriosa en una larga y fascinante historia evolutiva, relacionada profundamente con el medio que la sustenta y con los seres que la rodean, sometida a unos impulsos que le permiten obtener el máximo rendimiento en su ambiente. Una criatura palpitante, gloriosa, como el halcón que cae desde las nubes o el lobo que se recorta en la paramera.

Si mis expediciones de observación y de estudio han prolongado, con toda su emoción y entusiasmo, mis infantiles vacaciones, hoy, los largos trimestres

de introspección y de rumia consisten en ordenar mis notas, en consultar los libros de los más destacados zoólogos, en trabajar con mi equipo de colaboradores.⁴



Muchos de los ornitólogos y naturalistas, sobre todo los que tenemos más de 40 años, hemos sido niños pajareros. Nunca podré olvidar, y seguramente fueron decisivas en mi definitiva vocación, las jornadas infantiles de pajarero por los montes y páramos de mi pueblo. **Sabíamos los niños montaraces muchas cosas de las aves.** Cosas que, más tarde, con el estudio y la lectura, han ido adquiriendo morfología científica.

Sabíamos todos los niños pajareros de Poza de la Sal que los huevos de la tórtola, de la paloma bravía o de la torcaz no podían recibir el aliento, porque el ave propietaria los aborrecía indefectiblemente. Nos acercábamos en silencio, conteniendo la respiración, nerviosos y envarados hasta el rosal silvestre que había abandonado, como una centella, la grácil tórtola. Y en el nido sucinto, casi esquemático, apenas una docena de palitos entrecruzados, veíamos dos huevos blancos y trémulos.

Al día siguiente, normalmente, ya no estaban, pese a contener la respiración y asomarnos al nido sin pronunciar una sola palabra. La madre había abandonado la puesta, las urracas se habían comido los huevos y el desencanto infantil era mayúsculo.

Lo que nosotros no sabíamos es que tanto la facilidad para aborrecer los huevos como lo elemental de los nidos estaban en el fulcro de toda una estrategia de la biología reproductora de las colombiformes, que se basa en la extraordinaria facilidad de las puestas y las crianzas repetidas. A los pocos días de aborrecer un nido, nuevo celo, nueva construcción, nueva puesta, nueva crianza. Y así, la tórtola turca ha llegado en Inglaterra a realizar cinco crías consecutivas, sacando adelante una media de 10 polluelos en un solo año.⁵



El nombre puede influir mucho en un animal y creo que también en una persona. Ciertos apellidos cortos y sonoros han conseguido una fácil popularidad para sus usuarios. Son muchos los actores, cantantes y hasta escritores que adoptan seudónimos eufónicos y fáciles de recordar.



El búho era pájaro bien conocido por mis primeros profesores de zoología práctica, los pastores y cazadores furtivos de Poza de la Sal. Me decían que podía cazar en las tinieblas porque sus ojos le permitían ver en plena noche como nosotros vemos durante el día. Pero me lo pintaban como un ladrón peligroso y empedernido que devastaba de liebres y conejos los montes que rodeaban la alta roca donde tenía su nido, conocida por todos, precisamente, con el nombre de la Peña del Búho.

Al leer, con tanta curiosidad como entusiasmo, mis primeros libros de ciencias naturales, me enteré de que a nuestro búho, al famoso pájaro de canto lúgubre que anidaba año tras año en el agreste peñasco calizo, le daban el heráldico nombre de **Gran Duque**. Y he de confesar que, en mi imaginación infantil, ganó muchos puntos el cazador nocturno que, al decir de mis paisanos, constituía el terror de liebres y conejos.⁶



Hay imágenes que se graban en el cerebro de manera indeleble; recuerdos que permanecen intactos en la memoria, conservando con frescura todos sus matices. Me basta cerrar los ojos y evocar la llamada del búho para sentir la

superficie rugosa y caliente de la roca bajo la presa de mis dedos. Y percibo también el olor intenso del enebro que me permite superar un saliente de la pared en mi ascensión hacia la misteriosa cueva de boca redonda. Seguramente, la calma de la tarde de julio intensifica mis sensaciones, entre las que destaca **el miedo**. Un miedo animal, atroz, específico de la montaña. Un terror instintivo que solo dura unos segundos. Los justos para confiar todo el peso del cuerpo y de la vida a las raíces de un viejo enebro, no mucho más grueso que un bastón, soltar los asideros firmes, flexionar los brazos y extenderlos, como en un ejercicio gimnástico de barra fija, para terminar balanceando el tronco hacia adelante, hasta besar la fina arenilla de la cornisa ya superada. Debajo quedan 40 m de despeñadero y **la imprudencia de los 14 años**; tres metros más arriba, la entrada de la misteriosa cueva del búho.

No pocas veces, al acompañar a los cazadores por la falda de la sierra, habíamos encontrado en aquel paraje abrupto y solitario, al pie del risco, gruesas pellas de pelos grises que los hombres desmenuzaban ante mi curiosidad, mostrándome los cráneos y huesecillos de perdices que contenían, mientras me contaban invariablemente las hazañas cinegéticas del búho.

Porque aquellas concreciones de materias indigeribles eran las **egagrópilas** que el Gran Duque devolvía cada tarde antes de partir a la caza. Y el rey de la noche, el búho a secas para mis paisanos, era un personaje legendario. Por lo pronto, aunque por aquellos montes los búhos reales debían de abundar, se le citaba siempre en singular. Y no se reconocía más búho que el que anidaba en la «cueva del búho». Es comprensible, pues, mi curiosidad y hasta mi imprudencia por llegar a la cavernilla de boca redonda.

Al superar el resalte que hacía de natural alféizar en la ventana rocosa, estuve a punto de caerme de espaldas. Tres pares de ojos enormes, anaranjados y redondos, me miraban con extraña fijeza. Lo demás era una masa de plumas pardas que crecía rápidamente, hasta llenar el estrecho cubil. Y como mis asideros eran los bordes mismos de la cueva, tenía la **cara a menos de 50 cm** de los negros y corvos picos que castañeteaban de un modo atroz.

Habría resultado muy difícil averiguar quién estaba más asustado en aquella forzada y mutua observación. Pero los polluelos volantes del Gran Duque no retrocedieron ni un milímetro. El espanto provocaba en ellos una reacción específica: inmovilidad, erección de plumas y emisión de sonidos pavorosos. Ignorante yo entonces de que tan aterradoras manifestaciones fueran fruto del simple miedo, inicié una prudente retirada, enebro abajo, y no respiré tranquilo hasta que mis alpargatas se posaron en la hierba de la ladera.⁷

Entre los animales que formaban el universo zoomórfico de mi infancia, destacaba el lobo, que había alcanzado el rango de verdadera criatura mítica. Porque en el fondo de los más espeluznantes relatos con que me habían dormido mis niñeras desde que aprendí a escuchar cuentos, el lobo aparecía siempre como una potencia incontrolable y salvaje de la que solo se podían esperar ruinas y desgracias.

El soldado perdido en el páramo, en una noche de nevada, y del que no se encontraron, días más tarde, más que las botas, sin duda había sido devorado por los lobos. Y cuando una pareja de esos temibles carniceros, le salieron al paso en plenas tinieblas, a un pastor que cruzaba un monte para llevar unas medicinas a su mujer enferma, el terror que pasó el buen hombre hasta que sus mastines, atraídos por sus silbidos, salieron a defenderle, fue tan grande que perdió el habla y se le encaneció el cabello.

Pero la gran hazaña de los lobos del páramo fue su ataque combinado al corral donde se guardaba, a varios kilómetros del pueblo, un gran rebaño de carneros. Las fieras habían comenzado a cavar, una noche de invierno, bajo la pared de la amplia corraliza para penetrar en su interior y dar muerte al ganado. El rebaño, aterrorizado, se fue apelotonando contra el tabique de enfrente, donde justamente se abría la doble puerta de madera. Los lobos trabajaban implacablemente en el silencio de la noche. Y la presión de los carneros se hizo tan grande que la puerta, arrancada de sus goznes, se vino abajo, saliendo al exterior en plena estampida la manada de los enloquecidos animales.

Como un torrente, se precipitaron ladera abajo hacia el lejano pueblo. Los lobos, ebrios de sangre, fueron matando a los carneros sin detenerse a comer. Cuando la avanzada de la dramática tropa llegó a las calles de la aldea, despertando a los vecinos, estos pudieron seguir en la oscuridad, por los blancos cuerpos de 60 reses degolladas, el camino que había trazado el rebaño desde el corral.

Estas y otras historias me fueron proporcionando una idea del lobo que estaba en consonancia con la fama de que disfrutaba en toda la región. Era la encarnación del mal, desafiaba al hombre, le robaba sus bienes, atemorizaba sus rebaños y era la **única criatura capaz de desafiarlo de todas cuantas vivían en latitudes civilizadas**. Además, según me decían, el lobo era feo, de mirada aviesa y cruel, espumantes belfos y furtiva pisada; era el enemigo al que ni siquiera se le podía atribuir la posesión de la belleza.

Cuando cumplí 12 años, mi padre me regaló unos prismáticos de campaña. Y en unas vacaciones de Navidad se me ofreció la venturosa y ansiada oportunidad de formar parte de una batida de lobos. Se habían movilizado pueblos enteros. Se había organizado una vasta maniobra de estrategia militar para cercar a los

lobos y hacerlos pasar por los puestos donde los esperaban escondidos los mejores cazadores de la región.

Al amparo de un espeso arbusto de boj, bien consciente de mi obligación de reconducir a los lobos hacia sus presuntos matadores, esperé durante todo un día, aguantando el aguanieve y el fino vientecillo del norte. Al caer la tarde, cuando ya ansiaba la orden de retirada que debía dar un viejo cazador apostado en lo alto de una peña, una silueta parda e irreal apareció en el horizonte de la redonda loma de enfrente. ¡El lobo! Finalmente, el fantasma aparecía ante nosotros. Por unos instantes me pareció vislumbrar en aquel bulto grisáceo la fealdad y la peligrosa apariencia que tantas veces me habían descrito. Con toda la emoción tomé prismáticos. Lo que vi jamás se borrará de mi memoria: la faz del lobo era de una belleza indescriptible; la amplia bóveda de su cráneo, coronada por dos pequeñas y triangulares orejas, reflejaba gran inteligencia; sus claros, serenos y profundos ojos, con el iris del color del ámbar, **miraban hacia mí con aire interrogante**; su firme y vigoroso aplomo, su pelaje entre pardo y plateado y toda la armonía de sus formas superaban a cuanto yo había visto en el mundo animal.

Aquella faz no podía ser mala. La nobleza, la serenidad y la gallardía emanaban de la manera más conquistadora del rostro del perseguido carnicero. Aquella tarde fría del mes de diciembre **decidí que todo cuanto me habían contado del lobo era falso**. Este no podía ser un traidor, no podía ser cruel por puro capricho. Si mataba, sería porque necesitaba carne para sobrevivir. Y, al fin y al cabo, el hombre no tenía derecho a erigirse en dueño supremo de la carne, de la vida y de la muerte.

Veinticinco años más tarde he llegado a conocer perfectamente al lobo. He sido aceptado como jefe de una manada de siete soberbios ejemplares. He leído, muy de cerca, en las pupilas de mis lobos, toda la fidelidad monolítica que reside en su complejo comportamiento. He descubierto que los lobos son cooperativos, comunitarios, que adoptan a los cachorros huérfanos, que comparten el alimento, que jamás abandonan a los heridos o a los débiles. Mis lobos han dado la vuelta al mundo a través de los canales de la televisión, de los libros y de las revistas ilustradas. Pero el mensaje de su misteriosa y desconocida historia ya lo había recibido a los 12 años de edad, cuando, a través de mis primeros prismáticos de campaña, pude ver de cerca la luminosa faz del lobo.⁸



Era un animal hermosísimo, de mirada noble, profunda. Era, quizá, la más acabada representación de la fuerza, de la libertad, de la nobleza, del pal-

pitir del corazón de la Madre Tierra. Y, entonces, en un segundo, decidí que aquel animal no podía ser malo y que yo no podía permitir que el cazador lo matara; dando un salto, corrí hacia el lobo gritando: «¡Márchate, vete, no entres en nuestro puesto que te van a matar!».

Creo que se quedó flotando en la tarde del páramo el grito del niño que corría hacia el lobo para salvarle la vida, y creo que se quedaron también flotando los denuestos y las palabrotas del viejo cazador que cogía al loco arrapiezo por el chaquetón, y le decía: «Niño, ¿te has vuelto loco? ¡Se lo voy a contar a tu padre, y te va a matar!». Afortunadamente, mi padre comprendió aquel impulso infantil, noble y benévolo hacia el lobo, aunque el animal hubiera causado bastantes daños en nuestras economías. Sin embargo, aquel día cambiaron para siempre mi vida y el concepto que tenía del lobo.⁹



En el norte de la provincia de Burgos, en el límite de la Meseta, antes de que la severa orografía de Castilla se desplome hacia el mar por el fragoso escalón de la cordillera Cantábrica, existe un anchuroso páramo, una tierra rigurosa de pastores y de lobos, alta ruta de pájaros viajeros, que fue la más fascinante escuela en los días de mi infancia.

Deambular por la llanura, acechar, descubrir nuevas formas y manifestaciones de la vida, era para mí un **placer atávico, viejo y vital como la misma humanidad.** En otoño, me pasaba los días tratando de sorprender a los patos salvajes. Y no para cazarlos, pues por aquel entonces no conocía el manejo de las armas. Era algo mucho más imperioso: quería verlos de cerca, saludarlos con mi **mirada atónita;** quizá, descubrir el secreto de su misteriosa atracción. Porque los patos salvajes siempre me han emocionado. Sus formaciones geométricas en el cielo de otoño, su tenso vuelo hacia las tierras de invernada, despertaban en mi espíritu indescritibles nostalgias y ansias de nomadeo.

Ciertamente, mi situación no podía considerarse como normal, ni siquiera segura para un niño de 11 años: calado hasta los huesos por la fina lluvia, temblando de frío y ansiedad, entre los carrizos de una charca perdida en el páramo, a muchos kilómetros de mi casa, me sentía, sin embargo, el más **feliz y triunfante de los mortales.** Porque ellos estaban allí, a pocos metros de mi escondite, tan cerca que podía distinguir el verde metálico de sus cuellos y los anaranjados picos. Al fin, lo había conseguido. Tras media hora de arrastrarme por el suelo pedregoso, veía de cerca a mis admirados viajeros.

Lleno de júbilo, salté hacia delante; grité. Y toda la bandada se puso en vuelo, con un extraño clamor, salpicando mi rostro con las gotas de agua proyectadas por sus alas. Entonces, un silbido creciente lo dominó todo. Una masa grisácea cayó como un proyectil hacia el centro de la bandada y chocó contra uno de los patos, derribándolo en tierra, envuelto en una nubecilla de plumas.

Con **asombro**, me percaté de que aquel bólido mortífero era realmente un ave, que ascendía tan rauda e inesperadamente como había bajado.

Corrí hacia el abatido pato y tomé su cuerpo entre mis manos; era macizo, fuerte, pesado..., estaba muerto. Miré hacia el cielo, y allí, en lo alto, vi volar en círculos al poderoso cazador, ya solo un punto entre las nubes.

Absorto, apretando fuertemente su presa entre mis brazos, comprendí que había un ser superior a cuantos yo había imaginado: veloz, para herir como el rayo; fuerte, para quebrar de un golpe el vuelo del pato salvaje.

Solo, inmóvil, **acepté con humildad** el regalo que la naturaleza acababa de ofrecerme; ignorando que, miles de años antes, un cazador del lejano neolítico recibiría en parecidas circunstancias la inspiración que le hizo concebir **el más noble e increíble arte de caza: la cetrería**.¹⁰



En las soleadas mañanas de primavera me pasaba horas y horas tendido sobre la hierba, prendida la mirada en las amplias órbitas descritas por los buitres en el cielo. Me asombraba su capacidad para flotar en el espacio sin mover las alas, suspendidos, como por arte de magia, **en el azul**.¹¹



Dichosa infancia campestre, maravillada cada día ante los secretos de la vida. Dichosa curiosidad antigua, telúrica, que colma su sed directamente en las fuentes de la tierra y **va ligando al hombre**, mediante raíces fuertes y profundas, a la naturaleza, de la que es síntesis y espejo.¹²



Los ornitólogos son admirables hombres de ciencia que consagran su vida al estudio de los pájaros. Pero en la ornitología, quizá más que en cualquier otra rama del saber humano —y, seguramente, por lo que tiene de deporte—,

existe el *amateur*: el farmacéutico, el ingeniero o el sastre que dedican los fines de semana a la observación de las aves y realizan largos y costosos viajes durante sus vacaciones para darse el gusto de fotografiar a tal o cual especie rara. Hay, luego, un curioso tipo humano que, si bien carece del riguroso método del ornitólogo, comparte sus inclinaciones naturales. Suele desenvolverse en el medio rural y procede, también, de los más diversos oficios; pero su obsesión, el tema constante de sus conversaciones, la meta de sus pensamientos, son los pájaros.

Desde pequeño se distinguió el pajarero —que así le llaman en el pueblo— por su agudeza para localizar los nidos de cuantas aves criaban en el contorno. Se pasaba el día entre peñascos y matorrales. Y, contemplando los polluelos de un mirlo, el nido en forma de bolsa de un chochín o los huevos, semejantes a guijarros, del alcaraván, el pajarero se quedaba absorto, sentía dentro de su pecho una emoción indescriptible. Pero como nadie le había enseñado que con los pájaros se pudiera hacer otra cosa que comérselos fritos o meterlos en una jaula, acabó transformándose en un verdadero azote para la gentecilla alada de la región. De niños, el pajarero y el ornitólogo estaban hechos de la misma madera, del mismo temblor ante las intimidaciones de la naturaleza, de la misma **curiosidad dolorosa, epitelial, hacia los secretos de la vida**. Ambos eligieron las criaturas más frágiles y bellas del planeta como objeto de su pasión. Pero el medio cultural y la educación hicieron del primero un científico, un protector de la fauna; el segundo no pasó de ser un paradójico personaje que perseguía sin descanso aquello que amaba por encima de todas las cosas.

Un hombre así fue **mi primer maestro de ornitología**. En su taller de zapatero recibí las primeras lecciones teóricas. Y de su mano —en el sentido literal de la palabra, pues por aquel venturoso entonces tendría yo 8 o 9 años— fui identificando las especies más comunes de nuestra avifauna. Las técnicas cinegéticas de mi buen 'maestro-zapatero', furtivas en su mayor parte, le habían ido obligando a transformar su soleado cuchitril en un extraño laboratorio. De las renegridas paredes colgaba una docena de jaulas, ocupadas por perdices, jilgueros, pardillos, un par de calandrias y un zorzal malvís. Debajo estaban alineados los cajoncitos de los gusanos de harina, las hormigas de ala, los búcaros de los grillos, los botes de cañamones, alpiste y semillas silvestres poseedoras de secretas virtudes para despertar el celo, la muda y otros procesos de las aves. En la alacena se apilaban redes, ballestas, cimbeleras, cordeles, botes de liga y todo un cuantioso y ordenado equipo.

Mientras mi profesor claveteaba tacones y medias suelas entre el incesante y variado gorjeo de sus pupilos, nunca faltaba algún desocupado con quien charlar

de pájaros. Y como el hombre tenía gracejo y era un saco de anécdotas, el boticario, el telegrafista y otros personajes del pueblo le honraban muy a menudo con su visita.

Entonces se atacaban temas de altura, en los que el zapatero hacía gala de sus profundos conocimientos naturales, mientras sus interlocutores, más intruidos, trataban de pillarle en algún renuncio. Aquellas polémicas, orquestadas por los grillos, las calandrias y el malvís, eran **para mí música celestial**. ¿Por qué entran los machos del campo en el puesto cuando canta la perdiz de la jaula, si también es macho? ¿Qué tienen las hormigas de ala para gustar a todos los pájaros, incluidos los granívoros, como los gorriones y las perdices, constituyendo por ello el mejor cebo para las ballestas? ¿Por qué los cimbeles, que atraen grandes bandadas de congéneres en otoño y en invierno, son absolutamente inútiles en primavera y en verano? Cuestiones tan importantes como la misión del canto entre las aves, las inclinaciones hacia la dieta insectívora o las tendencias a la socialización en ciertas épocas del año se explicaban en nuestro **laboratorio-zapatería** mediante ingenuas y empíricas teorías que, muchas veces, no carecían de fundamento.

Después de recoger en todos nuestros paseos ornitológicos extraños hierbajos para *Perico*, el macho de perdiz del zapatero, que, por lo visto, tenían la propiedad de acrecentar sus ansias amorosas y vitales; después de vigilarlo durante horas mientras tomaba el sol en las tardes de febrero, soñaba cada noche con aquel amanecer que nos llevaría, vereda arriba, hacia una retirada solana de la sierra, donde iba a cazar, por primera vez, perdices con reclamo. Y en esto, mi maestro no tenía rival en toda la provincia de Burgos.

En las alforjas del borriquillo iban el taco, la bota, la vieja escopeta del furtivo, convenientemente envuelta y desarmada, y la jaula de *Perico*, enfundada en una tela negra. Nosotros, a buen paso, caminábamos detrás de la caballería, confiando en sus finos sentidos para **no perder la senda**.

Cuando llegamos a la agreste vallejada que separa la sierra del páramo, el sol se asomaba ya entre los bojes y la parda caliza. Esconder el burro, camuflar el puesto, colocar el macho sobre la piedra, quitar la funda y montar la escopeta de un cañón fueron operaciones que realizamos en unos minutos. Porque todo lo que tenía mi maestro de parsimonioso y lento con los zapatos era presteza y febril actividad en el campo. Nos sentamos sobre dos piedras dentro del tollo, que estaba hecho con unas losas, apoyadas en la visera natural de la roca y llevaba muchos años de servicio. A través de las grietas y de la tronera nos llegaban las diversas voces del campo, destacando sobre la música de fondo de las alondras

que, colgadas del cielo, cantaban sin cesar a lo largo y a lo ancho del inmenso páramo.

Perico comenzó a rechistar, después de estirarse y sacudirse, para romper de pronto, con voz potente, en una gama acústica que tenía toda la fuerza y riqueza de la primavera. En una de sus pausas, oímos una perdiz en la ladera de enfrente. *Perico* pareció darse cuenta, entonces, de que cantaba para alguien. Y, ora retador, ora amistoso, se entregó a un **duelo melódico** con su congénere. A medida que la perdiz del campo iba acercándose, la cara del zapatero comenzó a adquirir matices insospechados. Ni en el reclamo de codornices con pito, ni en la caza con red y cimbeles en otoño, ni siquiera en las expediciones nocturnas tras las alondras, con esquilas y cencerros sujetos a las pantorrillas, había descubierto, a la luz del farol, tan vivas expresiones en la faz de mi maestro.

El esfuerzo auditivo, la concentración que parecía permitirle descifrar el lenguaje de las perdices, se reflejaban en el color de su epitelio de un modo alarmante. Cuando *Perico* cantaba, *in crescendo*, viril y retador, el zapatero enrojecía; se le ponía el pestorejo hinchado y apoplético, como si toda la virtud de las hierbas vitamínicas y afrodisíacas que había dado a su macho durante el invierno se le transmitiera de pronto. Al contestar la perdiz de la ladera, **jadeaba y se tornaba lívido**. Así permanecimos unos interminables minutos, yendo mis ojos atónitos de *Perico* a mi maestro, que competían en actitudes gallardas y expectantes, mientras me llegaba la voz del pájaro del campo que, por cierto, se había detenido a unos 100 m y cantaba cada vez con menos convicción.

—Este cochino no entra porque tiene miedo —susurró el zapatero—. Es mucho pájaro *Perico*. En cuanto se calle del todo el cobarde, el nuestro le quitará la hembra.

El que un macho de perdiz se achique desde lejos, escuchando las bravatas de otro, como el conductor dominguero de un pequeño utilitario ante el fornido chófer de un camión; el que una perdiz ingrata abandone al novio, conquistada por la voz de un tenor, como en nuestras zarzuelas y operetas, es algo que puede parecer una fantasía, aunque mi zapatero lo aceptara como la cosa más natural del mundo, lo mismo que cualquier mediano conocedor de la caza con reclamo y, lo que es más sorprendente, igual que los hombres de ciencia.

Perico, como si hubiera adivinado los pensamientos de su dueño, cambió diametralmente el tono y el estilo de su canto; de retador se hizo zalamero, persuasivo. La dureza y el brío de torrentera serrana de su desafío dieron paso a un susurro de brisa, a un chasqueo como de besos. Con menudos pasitos, picoteando fingidos granos, deteniéndose y estirando el cuello con coquetería, **se iba**

acercando la hembra casquivana. El silencio era tan absoluto y tan intensa la emoción, que podíamos oír, bajo la roca, el latido de nuestros corazones. Pero, de pronto, la perdiz del campo se precipitó hacia una mata de boj, *Perico* se aplastó sobre la tabla de la jaula y el zapatero, derribando de un empujón la losa del tolo, saltó al exterior, escopeta en mano, gritando como un poseso: «¡El águila!, ¡el águila!». Oí un zumbido, como el que produce una bandada de torcaces al entrar en un encinar; vi una silueta parda cayendo, valle abajo; escuché la seca detonación de la escopeta de mi amigo, y allí se terminó nuestra prometedoría cacería. El águila real había asustado de tal modo a *Perico* que este no volvería a abrir el pico en todo el día. Mientras cubría la jaula amorosamente con el capillo, metiéndose con todos los heráldicos antepasados de las águilas, el zapatero me contó que allí mismo le habían matado al *Pelao*, su mejor perdigón. Y a un macho que le dejó el barbero se lo llevaron con jaula y todo.

Esto nos permitiría pensar que los pájaros más maduros y vigorosos son capaces de cantar de modo más atractivo para las hembras a la vez que más amenazador para sus rivales. Existiría entonces una selección natural basada en las capacidades fónicas; los mejores cantores conquistarían los territorios más adecuados y tendrían siempre hembras para perpetuar su estirpe. Los afónicos estarían condenados a la soltería. Y de este modo, en una línea de ascendente perfección, se habría llegado a laringes tan maravillosas como la del ruiseñor o el zorzal.

La alondra que canta en el azul, lejos de su natural defensa ante el ataque del alcotán, es un **señuelo viviente** para atraer a la rapaz, que así no caerá sobre la recatada alondra hembra cuando abandone el nido unos momentos para beber o alimentarse. El ruiseñor que trina toda la noche en el matorral polariza la marcha de la comadreja o el turón, que escuchan hambrientos para localizar una presa, llevándoles lejos del nido donde empolla su pareja.

Ciertamente, los pájaros no cantan solo para alegrar la primavera con sus trinos. Pero no deben entristecerse por ello los poetas al conocer el profundo significado del gorjeo de un ave. En su voz se encierra el secreto más bello, más poético y más importante de la creación: la perpetuación de las especies.

Hace tres años vi por última vez al maestro de mi infantil ornitología. En su taller de zapatero, en otro tiempo alegre Arca de Noé, solo quedaban una vieja calandria y un jilguero. Ya no merecía la pena mantener una docena de vigorosos cimbeles para cazar en el paso, ni lombrices, gusanos de harina u hormigas aladas. Pues **cada vez quedan menos pájaros**, según el zapatero.

Por cierto, aproveché la oportunidad para explicarle que, en septiembre, cuando las horas-luz disminuyen, algo muy importante ocurre dentro de las cabecitas

de los pájaros: una glandulilla, llamada hipófisis, cuando el fotoperíodo — así llaman los científicos a la duración del día-luz — alcanza un nivel crítico, desencadena una serie de funciones glandulares que ponen en marcha, entre otros muchos mecanismos fisiológicos, el instinto gregario de ciertas aves migratorias. Por eso, cuando el zapatero sacaba sus jilgueros y pardillos a las riberas del río Omino y los ponía en movimiento mediante sus ingeniosas y particulares cimbeleras, las bandadas de fringílidos viajeros descendían y se posaban entre sus congéneres cautivos. Porque en otoño una bandada de aves es como un superorganismo, como un cuerpo multiforme, como una esponja o un gran imán que va atrayendo a todas las partículas descarriadas.

Los cazadores, las aves de presa, los accidentes, podrán arrancar algunos miembros del fabuloso ser alado, **como se arrancan las hojas de un árbol sin que este muera**. Pero cuando la luz de la primavera impulse a la bandada hacia las tierras natales, cuando las glándulas de cada pajarito, nuevamente activadas, lo transformen en un ser individualista, que defiende su territorio y llama a su hembra, se recuperarán los miembros perdidos. Y, otra vez, el pueblo de los pájaros recobrará su lozanía y su densidad habitual.

—Eso sería antes —me dijo mi anciano maestro—, porque lo que es ahora, desde que echan los polvos para combatir las plagas, no se oye cantar a un pájaro. Una sola fumigación desde una avioneta mata más insectívoros que todos los pajareros de antaño en la temporada.

No dije una palabra más, porque mi amigo el zapatero tenía toda la razón.¹³



Era este pastor hombre de pelo de plata, tez apergaminada y mirada penetrante. Tenía, seguramente, lo que solo se puede conquistar cuando desde los 10 años hasta pasados los 60 se ha estado de cara al cierzo, bajo el sol y encima de la piel de la tierra. Y él, siempre que me veía ir por aquellos atajos de las laderas que conducían al páramo — muchas veces era yo quien le sorprendía —, tendido cerca de una fuente de agua dulce y cristalina que brotaba en un barranco, dibujadas las siluetas de sus cabras en las altas cárcavas como figuras míticas, me decía: «Hijo, voy a contarte eso que tanto te gusta del águila». Y entonces, iluminándosele la cara, empezaba a contarme sus aventuras con las águilas. Me hablaba del risco, de una peña calentada y enrojecida por el sol, de una peña caliza que caía del páramo hasta un pueblo pequeño que lleva nombre de origen romano, Castil de Lences. Allí colgaba el águila en una risca a la que nadie que no

hubiera sido aquel pastor magro, hecho de nervios de acero, ligero de peso, pequeño de estatura, se habría atrevido a colgarse.

Hincaba el garrote, como llamaba a una especie de arma paleolítica de madera que sabía proyectar con la certeza y la fuerza de un proyectil teledirigido contra la pata de una oveja o la faz de un perro desobediente, clavaba la garrota, desliaba una cuerda de esparto e iba bajando en la soledad de la mañana, sin público que le aplaudiera, ni premios o cotas que coronar, descolgándose por la roca hasta llegar al nido del águila.

Me decía el buen pastor que, a modo de casco, y por temor a que las águilas adultas se lanzaran contra el profanador de su nido, se colocaba en la cabeza una caldera de hacer morcillas de cobre. ¡Qué espectáculo! En los albores de esta España de ahora, al pie del páramo, un hombre del paleolítico sin más seguro en el abismo de 180 m que una garrota de boj, una cuerda de esparto y una caldera de brillante cobre sobre su cabeza, bajándose al nido del águila.

Había que tener indudablemente alma de ornitólogo y corazón de león para jugarse así la vida cada tres días en primavera. Sí, porque mi amigo el pastor bajaba a visitar a los aguiluchos cada tres días. Extraña sistemática, propia también del programado trabajo del mejor de los ornitólogos. ¿Saben ustedes por qué? Porque mi amigo, que en el fondo adoraba a las águilas, que me hablaba de ellas cada vez que me veía junto al susurrante manantial cristalino, a la sombra de la higuera que crece en la roca, en la cárcava sobre la que se recorta la silueta de la cabra mítica, decía que, para él, durante toda la primavera y el verano, no había nada como comer la carne que le traían las águilas.

El buen pastor llevaba en su talego, que formaba también parte de su bagaje, además de la cuerda de esparto, del garrote y de la caldera en la cabeza, un palito sujeto con una especie de brida que colocaba en el pico de los aguiluchos, a los que tenía embridados dos días. Las águilas aportaban al nido perdices, conejos y liebres, y naturalmente los polluelos no podían comer; bajaba entonces el pastor, jugándose la vida para ganar la proteína tan cara y tan difícil en la España de la cabra y del pan, y se llenaba el talego de perdices, liebres y conejos. Quitaba la brida a sus amigos los aguiluchos para que comieran un día cada dos. De esta manera, su crecimiento se hacía más lento y él obtenía una buena parte del trabajo de las águilas.

Es fácil imaginar, queridos amigos, como a un servidor **le podían ilusionar estos relatos**, sentado allí viendo en aquella cara transfigurada, las historias que me contaba de sus águilas. «Y cada año cambia el nido —me decía— pero nunca se sale de la risca. Y cuando llegan otras águilas, ¡ay, el macho de esta qué bravo

es!, se sube en el cielo y entonces grita. ¿No les has oído?» Claro que había oído yo gritar a las águilas, muchas veces, y **tenía ese grito clavado también, como el viejo pastor, en la mente y en el corazón.** Y quizá lo tuvo también clavado el que inventó aquello de que el águila estuviera en los escudos de los imperios y de los reinos. Y entonces, mi amigo el pastor, el ornitólogo especializado en rapaces de mi infancia, el ladrón de las presas de las águilas, me decía: «¡Ay, el macho de estas águilas de la risca de Castil de Lences! Ese echa a todas las águilas del contorno, hijo, ese es un buen macho de águila al que le quito yo todos los años las liebres, los conejos y las perdices».

Aquel buen amigo mío, el pastor, cuando bajaba a expoliar el nido del águila, cuando bajaba a hacer algo tan vituperable, respetaba la vida de los aguiluchos, que luego podían abandonar el nido, quizá un poco raquíticos por esta dieta tan extraña a la que les sometía, quizá un mes más tarde; él les veía asentados en la roca y podía deleitarse en su contemplación y en su presencia. Estoy convencido de que el pastor, más que la carne de las perdices, más que la magra de las liebres, lo que quería arrebatar a la naturaleza, lo que se llevaba celosamente a su casa en el zurrón, lo que seguramente saboreaba después sacándolo de la tartera a la sombra de la higuera, era **la esencia misma de la reina de la naturaleza,** la fuerza misma del ave, antes de que los cielos limpios castellanos fueran tatuados por la cinta blanca y profanadora de los gases de los aviones a reacción. Lo que él traía y llevaba, lo que amaba, lo que ingería, y de lo que vivía durante la primavera y el verano, era la esencia misma de la más heráldica, la más fuerte y la más bonita de las águilas.

El águila de mi amigo el pastor, que ya estará como un águila allá arriba, el águila de mi infancia, aquella del grito rebotando de peña en peña y calando en el pecho del águila invasora de su territorio, era el águila conocida como perdicera.

Desde hace más de 10 años ya no hay águilas en la risca de Castil de Lences. Tampoco vive ya mi viejo amigo. ¿Qué pasó? Cuando murió el pastor que robaba su carne, las águilas ya no quisieron vivir en la risca, o quizá, más probablemente, ahora que todo el mundo tiene coche y escopeta, llegó allí un hombre lejano, tal vez de Bilbao, de esa ciudad industrial que inyecta cazadores a todo el norte de Castilla La Vieja. Y es posible que este hombre, a quien nada le iba ni le venía, ni tenía que ver con las águilas, aquellas águilas quizá tan viejas como mi pastor, que murió con más de 80 años, hizo retumbar la roca, hizo sonar la cárcava y la risca con la profana voz, con el hostil ladrido rabioso de su rifle, y la bala se metió en el corazón del águila.¹⁴

De niño, me volvía loco cuando empezaba a nevar. Al despertarme por la mañana en mi pueblo burgalés de muchas nieves, me decían: «¡Felisín, ha nevado!», y miraba el tejado de la casa de enfrente cargado de nieve. ¡Qué bonita es la nieve! Blanca, prometedora. Y aquellos chuzos de hielo que pendían del alero del tejado. Yo me prometía todas las venturas y todas las felicidades con la nieve. Bajaba corriendo a la calle a tirar bolas, hacer expediciones, ir al campo a leer las huellas de los animales sobre la impoluta, virginal y blanca capa de la nieve. Y entonces mi abuelo, que era un hombre de campo burgalés, de esas tierras pobres, siempre me decía: «Hijo mío, la nieve es muy blanca, pero es muy negra». Seguramente con aquellas palabras quería indicarme que la nieve alarga los inviernos, que no permitía salir a comer a los ganados, que no permitía salir a los hombres a hacer leña, que les había llevado el hambre, la enfermedad y la muerte. También evocaban aquellas parturientas de los pueblos aislados por la nieve en el páramo de Burgos, de León o de Zamora, a las que había que llevar en improvisados trineos hasta el médico. O aquellos viejos catarrosos que venían a ponerse malos en una nevada de 15 días. Qué negra era la nieve para los ancianos, para las parturientas y para la gente que no podía recibirla de manera deportiva. Pero para un niño, al margen de los consejos y las palabras de su abuelo, la nieve era blanca, hermosa y rutilante. Porque seguramente hay algo ancestral en nuestra mente que nos hace, **sobre todo cuando somos niños y aún no hay un deterioro de nuestra conducta, adorar y amar la nieve.**¹⁵



En aquella época, los niños, mientras recitábamos la tabla de multiplicar —de la cual aprendíamos mucho antes la música que la letra—, con el rabillo del ojo podíamos ver a través de los balcones cómo los buitres caían en cascada desde el cielo para alimentarse con los cadáveres y brindarnos así un gratuito, extraordinario y formativo espectáculo; tan formativo como pudiera ser la lista de los ríos de España o la tabla de multiplicar que nos enseñaban nuestros maestros.

Por consiguiente, el hecho de que yo me aficionara a la naturaleza y a los buitres no tiene nada de particular, **pues podía distraer mis ocios docentes infantiles observando algo tan vivo y tan ilustrativo como los buitres, que caían desde el cielo sobre el cadáver de una oveja**, depositada en el torcón, que así se llamaba, de la ladera de enfrente.

Pude comprobar perfectamente, sin que me lo enseñara ningún ornitólogo ni leerlo en libro alguno, que allá por las vacaciones de Semana Santa, poco antes

o poco después, siempre aparecía un buitre nuevo, diferente a los demás, a los pardos, grandes, masivos, rojizos o negruzcos buitres leonados y negros. Este buitre llamaba mucho la atención porque era blanco y negro y tenía la cara amarilla. Y desde el balconcito de mi vieja escuela, yo sabía que había llegado la primavera porque ya estaba entre nosotros aquel curioso pájaro, que recibe muchos nombres en España y que **en mi pueblo es conocido como la baribañuela**.

«Baribañuela» es un nombre rocambolesco, que recuerda un poco a aquel de *Rikki-tikki-tavi*, la mangosta de Rudyard Kipling; es un nombre largo que implica inteligencia, exploración y exotismo. Cuando la baribañuela estaba en Poza, yo estaba feliz porque ya venían la primavera, el verano y después las vacaciones. Y cuando desde la balconada de la escuela veía venir a los buitres sin la baribañuela, sabía que nos habíamos metido en el mes de octubre. **Así es como mejor se aprenden los misterios del mundo animal.**

Evidentemente, yo no me contentaba con ver a la baribañuela y a los buitres desde el balcón de la escuela; resultaba mucho más práctico, y sobre todo más emocionante, convencer a cuatro o cinco muchachetes para que hiciéramos novillos cuando nos enterábamos de que una pieza mayor, como un caballo, un asno o un mulo, había muerto en una cuadra del pueblo y la iban a depositar en el torcón.

Allí, apostados, generalmente sobre una piedra dulce, caliente, suave y biótica —es decir, propicia para la vida—, **nos dedicábamos a tomar una clase en la naturaleza, en lugar de asistir a una clase en la escuela**, aunque luego hubiera sus reprimendas escolares y paternas. Esas piedras calizas, calcáreas, en las que nos apoyábamos y que quizá fueron también apoyo para la espalda del cazador paleolítico, constituyen casi todo el basamento geológico de gran parte de Castilla, hasta que la gran masa de las pizarras silúricas y de los granitos de Gredos y la Cordillera Central la sustituyen.

Y nos maravillábamos al contemplar lo que veíamos: habían dejado, por ejemplo, un borriquillo, que evidentemente conocíamos porque los niños de las pe-



queñas comunidades rurales no solo conocen a todos los habitantes del pueblo, viejos o jóvenes, recién nacidos casi, puesto que los bautizos, las bodas y las muertes se celebraban con gran aparato social al que asiste todo el mundo, sino que conocen también a todos los animales domésticos. **Allí no había perro, gato, burro, caballo o asno al que no conociéramos perfectamente.** No solo a su propietario, sino hasta su carácter y manera de ser. Y cuando el borriquillo viejo, delgado, cansado de bajar sal de las salinas o de traer mieses de los campos, daba con sus huesos en el torcón, siempre había un pensamiento, instintivamente caritativo y nostálgico, en nuestro grupo de mozalbetes de 8 o 9 años. Estábamos viendo al borriquillo aquel, conocido por todos nosotros, quizás comentando los paseos que nos habíamos dado sobre sus costillares magros, casi preagónicos una semana antes, cuando, si era primavera, verano o los primeros días del otoño, aparecía el alimoche. Y este buitres sabio que llamaba nuestra atención y al que llamábamos baribañuela se ponía a andar en torno a aquella res depositada en el torcón con el pellejo sobre el cuerpo. Porque, no siendo animales muy notables y llamativos, como caballos o bueyes, a los borriquillos generalmente no se los desollaba.

Venía el alimoche y con su pico débil comía lo que podía: parte del hocico del borriquillo, quizá intentaba hurgar en las órbitas, cosa harto difícil si los párpados estaban cerrados. Y, a continuación, el bueno del alimoche, o los alimoches, se dedicaba a hacer una extraña danza: daba saltitos por encima del cadáver del animal, cortos vuelos como si se asustara de algo. Una danza que, contando con aquella cara desnuda y amarillenta, con aquellos ojos de sabio distraído, con aquella melena a lo Einstein, nos llenaba de admiración y de alegría. Reíamos mucho al ver a **nuestra amiga la baribañuela** dando sus saltos en torno al burro muerto.

Tenía un amigo muy simpático, muy directo en sus comentarios, que decía: «La baribañuela le está cantando el Miserere al burro del tío Perico». Ese Miserere era lo que cantaban los curas de nuestro pueblo a los muertos que llevábamos al cementerio. Y es cierto que alguna semejanza había, aunque en este caso era una especie de comunicación, si no verbal, sí heliográfica, óptica, que estaba enviando el buitres sabio a otros buitres menos sabios, a los buitres leonados, con más pico, afincados en sus lejanas colonias en la mesa de Oña y en los montes Obarenes.

Aquellos buitres, tanto los exploradores que estaban en las órbitas celestiales contemplando y vigilando todo el terreno en búsqueda de cadáveres como los que con menos hambre se soleaban en los farallones de la alta mesa de Oña, aquella

pequeña cordillera que va desde ese pueblo hasta Pancorbo, podían ver desde muy lejos aquel pequeño semáforo en el que parpadeaba como una persiana el blanco y el negro del batir de las alas. **El Miserere, el canto mortuario, la danza de los muertos, del buitre sabio, no tenía más misión que atraer a los buitres para que vinieran a comer.**

Pero el radioescucha, objetivo y racional, fácilmente se pregunta: «¿Y qué interés puede tener para un alimoche, por muy sabio que sea, que coman los otros buitres, si él comería más estando solo, sin llamar la atención y la apatencia de invitados a la mesa?». La respuesta es sencilla, pues el pico del alimoche es débil, apropiado para hurgar en pequeñas piltrafillas, que constituyen la base de su dieta, para cazar aquí un pajarillo enfermo o herido, comer allí un huevo, sacar de aquí quizá un invertebrado, pero no es útil para romper la dura piel de un ungulado, como es un asno, un caballo, una vaca, una oveja o un carnero.

Cuando los primeros buitres empezaban a caer del cielo en catarata, haciendo gran ruido con las extremidades inferiores desplegadas, con las alas en forma de paracaídas, la locura y la excitación de los alimoches no tenía límite. Daban saltos, cortos vuelos, con un diámetro de 25 a 50 m en torno al cadáver del pobre borriquillo al que nosotros conocíamos. Al llegar, los buitres poderosos, con sus picos de piedra, tan fuertes y cortantes que parecen armas de sílex de primitivos cortadores de pellejos, abrían la piel del borriquillo penetrando por las partes más blandas; en torno a los orificios naturales, en torno a la zona de los omóplatos, iban abriendo profundos túneles sangrientos por donde la masa de buitres, que se incrementaba hasta reunir a 50 o 100 ejemplares, según el tamaño y la importancia de la res, desbarataban, destruían, ponían al aire vísceras, músculos y articulaciones, y en aquella lucha feroz, acongojante, de los buitres leonados sobre la pieza que iban destruyendo y transformando en un verdadero mar de piltrafas, siempre ante nuestro asombro, saltaban por el aire, caían por el suelo, mil pequeños pedazos que los grandes buitres despreciaban por no ser dignos de su voracidad.

Y eso es lo que se iba comiendo el buitre sabio, saltando entonces no ya para llamar la atención sino para cazar aquel pedazo de hígado que ha caído aquí, aquella tripa suelta que ha quedado allá, aquel pingajo de músculo que, pendiente de un hueso, ha despreciado otro buitre. Y las dos o tres parejas de alimoches que anidaban en toda el área de mi pueblo, blancos y negros, se movían dando saltos con alegría, como un guardia de tráfico en medio de la madrileña Gran Vía o de la Castellana en plena hora punta.